

17963.01

(044534)

RELACIONES ENTRE POBLACION, POBREZA Y DESARROLLO

Jorge Martínez P.
CELADE, 1993¹

En estas notas se realiza un intento por describir las posibles interrelaciones entre población, pobreza y desarrollo, mostrándose además el ejemplo de una nueva estrategia de desarrollo propuesta para los países de América Latina. Una primera parte contiene una aproximación teórica y conceptual donde se enfatiza la necesidad de incorporar plenamente los estudios de población y pobreza, como fundamento para incluir ambas dimensiones en la relación con el desarrollo desde el punto de vista de la población. Ello se sugiere a través de la revisión de conceptos vinculados con población y desarrollo, con el comportamiento reproductivo y con las estrategias de supervivencia. La segunda parte presenta, de modo resumido, la estrategia de transformación productiva con equidad, haciendo hincapié en las importancia asignada a la superación de lo que se reconoce como las inequidades demográficas.

¹ Estas notas han sido preparadas para el Taller sobre Población y Pobreza dentro de las actividades del Curso Intensivo de Población y Desarrollo 1993 de la Universidad Externado de Colombia y el Departamento Nacional de Planeación de Colombia.

11963.01 (044554)

27:12:1000

INTRODUCCION

En América Latina, durante la década del ochenta, la llamada década perdida para el desarrollo, varios países vieron aumentar el porcentaje de personas en situación de pobreza, configurándose así una reversión de la tendencia que venía observándose en años anteriores. Medida fundamentalmente por el criterio de las líneas de pobreza, es decir por el ingreso de los hogares, esta situación no es más que una consecuencia esperada de las fuertes contracciones económicas que se tradujeron, entre otros aspectos, en un aumento del desempleo, una disminución del gasto social y una pérdida de dinamismo de la actividad productiva, lo cual se reflejó directamente en la caída de ingresos para vastos sectores de la población.

En América Latina, de diez países para los cuales se contaba con información de encuestas de hogares, seis de ellos experimentaron un aumento del porcentaje de pobres, a lo que hay que añadir que tres países no lograron reducirlo (CEPAL, 1990). Es probable que este hecho refleje una tendencia generalizable para la región, cual es la del aumento de la pobreza en períodos recientes. Hacia el año 1990 se estima que casi la mitad de la población regional se encontraría bajo la línea de pobreza, luego que a mediados de la década anterior la proporción era ligeramente menor. Aun en el caso de países que escapan a esta tendencia, la reducción de la pobreza ha sido más lenta de lo esperado y sobre todo si se le compara con el fuerte aumento experimentado hasta años recientes.

El problema de la pobreza es, sin duda alguna, el más acuciante de los que enfrentan las sociedades contemporáneas. Tradicionalmente, las discusiones sobre las políticas más apropiadas para reducir la pobreza, así como el debate sobre cómo identificar mejor a los grupos más vulnerables, han sido los temas predominantes, que obviamente, seguirán en el tapete de las discusiones. Esto, sin perjuicio que a partir del criterio de necesidades básicas insatisfechas, las cifras podrían entregar una evolución opuesta o distinta, aunque ello sería, entre otras muchas razones, una consecuencia esperada de la maduración de inversiones realizadas en el plano social que fueron provistas desde hace mucho tiempo.

La situación descrita que es válida para la mayoría de los países de la región ha llevado a la proposición y adopción de una nueva estrategia de desarrollo que supere las tendencias advertidas y que permita una

compatibilización entre el crecimiento económico y la equidad social. El sello distintivo, desde el punto de vista de las interrelaciones entre pobreza, población y desarrollo, es que la población es considerada tanto un insumo fundamental en la estrategia como, así mismo, el objeto del desarrollo. En este enfoque sistémico el debate que vinculaba de modo simplista el desarrollo con alzas o descensos de la fecundidad como caminos contrapuestos para reducir la pobreza y mejorar la equidad ha quedado obsoleto. Tal como el objetivo del crecimiento económico no se opone al objetivo de equidad, sino que son aspectos complementarios de un mismo proceso, la relación entre población y desarrollo se propone que debe ser analizada en el marco de un esfuerzo global y sistémico por alcanzar un crecimiento con equidad, desafío que frente a la actual economía globalizada debe abordarse con una fuerte elevación en la calidad de los recursos humanos.

La incorporación de la dimensión "población" en la estrategia de desarrollo ha requerido un largo camino. Primero, porque ha debido incorporarse -proceso al cual todavía le resta mucho esfuerzo- el problema de la pobreza a los estudios de población y, segundo, porque dichos intentos han debido materializarse, consecuentemente, en su inclusión en la propuesta de desarrollo. El hecho es que se ha abierto una posibilidad inédita en la región, esto es, la de abordar la superación de la pobreza desde un punto de vista de una estrategia en que los aspectos demográficos constituyen parte del enfoque integrado de desarrollo.

I. POBLACION, POBREZA Y DESARROLLO

Desde el punto de vista de las interrelaciones entre pobreza, población y desarrollo, las discusiones, si bien no son nuevas en lo que dice relación con la problemática población y desarrollo, han sido escasamente abordadas en cuanto a la incorporación del problema de la pobreza como componente esencial de dicha relación. Una de las cuestiones más evidentes, pero casi despreciada desde un análisis riguroso en dichas relaciones, ha sido la de las inequidades en el plano del comportamiento demográfico. Resulta indesmentible que entre las manifestaciones agudas de las desigualdades sociales está el hecho que en todos los países persisten grupos que, teniendo un ideal de familia menor, son impedidos de alcanzarlo. Y algo más alarmante: a las condiciones de insatisfacción de necesidades elementales que coadyuvan a la reproducción de la pobreza, hay que agregar que persisten claras demostraciones que indican que los grupos más pobres no pueden ejercer uno de los derechos más fundamentales reconocidos en la actualidad: el derecho a la vida. Esto es así porque a ellos les suele afectar una sobremortalidad relativa que, a la luz de los progresos

habidos en el último cuarto de siglo, resulta francamente inaceptable y, todavía más, resulta desconocida para muchos sectores a pesar que han sido documentados en extenso por estudiosos de la población.

Por otra parte, la débil atención prestada al problema de la pobreza desde la perspectiva de las relaciones entre población y el desarrollo no constituye el único problema que puede advertirse. Tradicionalmente ha existido también y, quizás en forma más notoria, una limitada incorporación de las variables de la población como insumos del desarrollo. Si esto ha sido así, no resulta novedoso señalar que, por ejemplo, en numerosas discusiones sobre pobreza y desarrollo no queden incluidos los aspectos demográficos que intervienen. Así vistas las cosas, son pocos los intentos de medición y caracterización de la pobreza que contemplen las variables demográficas de la población en estudio.

Habitualmente, los perfiles de pobreza suelen abarcar aspectos tales como los bajos niveles educacionales, las insuficiencias ambientales y nutricionales, las características de la participación en la actividad laboral (que dan cuenta de una pertenencia a ocupaciones y actividades de la más baja productividad), el hacinamiento de los hogares, las características de las viviendas, de los servicios y de otras necesidades, así como el tamaño de los hogares. Estos aspectos, además de ser parte de la realidad que se intenta corregir, constituyen también los condicionantes de la misma. Contextualizados espacialmente, permiten identificar grupos objetivos de políticas a través, por ejemplo, de los llamados mapas de pobreza. Cuando las fuentes de información lo permiten la utilización del criterio de las necesidades básicas ha otorgado un panorama acucioso de la situación en un momento dado.

El problema de los perfiles de pobreza, sea cual sea el método empleado para la medición de la misma, es que suelen dejar de lado los comportamientos demográficos. Se excluyen factores que, constituyendo parte de la realidad social, son parte integrante de las distintas dimensiones de la pobreza. Aunque implícitamente se advierte en la información que se suele manejar, no se otorga igual significación en los diagnósticos al hecho que los hogares pobres son de mayor tamaño, si se los compara con los de los grupos no pobres, al mismo tiempo que son más jóvenes. Ello es claramente un reflejo de un comportamiento reproductivo que se asocia directamente con una nupcialidad y fecundidad tempranas, con un mayor nivel de crecimiento demográfico natural y con una mayor mortalidad. Al ser más jóvenes y poseer una mayor fecundidad, la estructura por edad de estas poblaciones puede significar demandas diferentes a las que se percibe para el conjunto de la población, como por ejemplo, en el plano de la

salud y la educación.

Las dimensiones demográficas de la pobreza son tan importantes como las que se asocian a sus condiciones de vida. Ello es así porque pueden constituirse en factores que favorecen la reproducción de la pobreza. El elemento más claro al respecto lo constituye el hecho que en esos grupos se registra una mayor crecimiento demográfico natural; de esta forma, la evolución del tamaño de la población pobre no sólo es consecuencia de las tendencias en materia de la disponibilidad de ingresos o de inversiones en el plano de la infraestructura física, sino también de su propia dinámica demográfica.

La percepción empírica de las asociaciones entre las dimensiones socio-demográficas de la pobreza y aquellas de índole socio-económica, reflejadas finalmente en el nivel de crecimiento demográfico natural, han llevado a una interpretación de un alto grado de generalidad, lo que evidentemente es insuficiente para permitir incorporar estas discusiones a la problemática del desarrollo.

De esta forma, para incorporar el problema de la pobreza al de la población y el desarrollo, y por esta vía, a estos temas dentro de cualquier estrategia de desarrollo, se requiere profundizar en muchos aspectos. Preguntas como las siguientes permitirían avanzar en este plano:

- ¿Cuál es la posible dirección de causalidad entre el fenómeno de la pobreza y el crecimiento demográfico natural de los pobres?.
- ¿Cómo y porqué contribuyen las características socio-demográficas a la definición de las situaciones de pobreza?.

Existen varios elementos como para incorporar en esta discusión, tanto aquellos que se refieren a las nociones mismas sobre población y desarrollo, como en otras que aluden, de alguna u otra forma, a los comportamientos demográficos de los grupos pobres.

Población y desarrollo

Los antecedentes sobre las relaciones entre la población y el desarrollo económico datan desde la antigüedad del pensamiento, a través de las posiciones polares sobre el papel de la dinámica demográfica en el desarrollo: la necesidad de retardar o de estimular el crecimiento de la población, con relación a temas

de orden económico, social, político y militar (Argüello, 1983; Naciones Unidas, 1978). Referidas de modo general a la "población en su conjunto", es desde fines del siglo XVIII cuando el interés por estos temas cobra especial vigor con la obra de Malthus, suscitándose desde entonces la denominada "controversia" sobre los problemas demográficos y del desarrollo (Naciones Unidas, 1978).

En la base de la tesis malthusiana, como es bien sabido, se destaca el obstáculo que representaría para el desarrollo la presencia de un crecimiento demográfico por sobre ciertos niveles. Para Malthus, el crecimiento de la población sería la principal causa de la pobreza y ésta tendría poca o ninguna relación con las formas de gobierno o la distribución de la propiedad (Naciones Unidas, 1978). En diversas dimensiones, la herencia de este postulado se expresaría en el pensamiento económico clásico, neoclásico y hasta en las distintas teorías económicas y no económicas que buscaron responder a ellas. Se reflejaría, además, en décadas recientes, en el surgimiento de proposiciones de acciones de regulación de la fecundidad, que de acuerdo a las condiciones políticas fueron evolucionando desde denominaciones como "control natal", "planificación familiar", hasta "política de población". Estas proposiciones, en todo caso, han terminado por despojarse de sus fundamentos originales, al menos en cuanto se ha aceptado la legitimidad de que las parejas puedan ejercer libremente su derecho al conocimiento y acceso de medios de regulación de la fecundidad en un contexto de equidad social, toda vez que se constata que el tamaño deseado de familia ha descendido en muchos países. Sobre este importante punto se volverá cuando se describa la propuesta de desarrollo para los 90.

En realidad, estas discusiones sobre población y desarrollo tienen el inconveniente que, independientemente del énfasis que se otorga al papel del crecimiento demográfico, son extremadamente generales. El mejor ejemplo de ello es que muchas veces las argumentaciones se basan en las posibles graves consecuencias potenciales que el crecimiento demográfico originaría en la alteración de los ecosistemas naturales, en términos del abastecimiento de alimentos y de la evolución del clima a escala mundial (FNUAP, 1991).

Argumentaciones de esta naturaleza pueden resultar simplistas. Por ejemplo, en primer lugar, no aluden mayormente a la identificación de las causas de la pobreza, tratándose de proposiciones enunciativas donde no queda claro el carácter focalizado que debieran tener las acciones de regulación de la fecundidad. Así es posible entender porqué en las estrategias de desarrollo, en general, no se ha tenido mayormente en cuenta las relaciones entre población y desarrollo. Sistemáticamente se omite, además, que la sobremortalidad persiste

en los grupos pobres en casi toda sociedad, aun cuando se estén produciendo descensos de la fecundidad, lo que plantea problemas de fondo mucho más relevantes que los que pueden extraerse de las apreciaciones de tono tan agregado. JRZ

Por otra parte, dicha visión "agregada" no alude en realidad, a los problemas de la pobreza, porque no da respuesta a la situación heterogénea que caracteriza a los países en desarrollo en materia de las tendencias declinantes del crecimiento demográfico y su relación con la persistencia y agudización de la pobreza en muchos de ellos, situaciones vinculadas, por lo demás, con fuertes y prolongadas crisis económicas. Cabe preguntarse al respecto cuánto más grave sería esta situación en un contexto de permanencia de elevados índices de crecimiento demográfico. El hecho es que al desconocerse las especificidades demográficas de cada país, se excluye la posibilidad de considerar la heterogeneidad interna en los niveles de los componentes demográficos y sus consecuencias diferenciales sobre la estructura de edad y la dinámica de la población. Hasta hace muy poco, era prácticamente desconocida la forma y magnitud de la contribución del crecimiento demográfico a la reproducción de la pobreza, tanto en situaciones donde ésta afecta a la mayoría de la población como a una minoría. ¿Qué implicancias demográficas pueden traer estas cuestiones?, ¿cuál puede ser la contribución del crecimiento natural al crecimiento del número absoluto de pobres?, ¿que número de personas deberían ser objeto de políticas específicas para reducir el porcentaje de pobres, teniendo en cuenta el aumento anual por la propia dinámica demográfica?, ¿qué diferencias habrían entre países con distinta incidencia de pobreza?.

Una perspectiva que supone una relación compleja y dinámica entre el proceso de desarrollo y el crecimiento demográfico parece, en cambio, postular una visión científica al respecto. Esto implica asumir que la pobreza tiene una base estructural productiva, con relación a la falta de generación de empleos productivos en equilibrio con su demanda y con respecto a la distribución de los beneficios de la producción en el marco del proceso de desarrollo económico. Además, no excluye el hecho -a veces incuestionable- que determinados niveles de crecimiento demográfico pueden tener repercusiones regresivas sobre algunas dimensiones del desarrollo, pero que, a la vez, dicho crecimiento puede verse afectado ante agudas crisis económicas, dando cuenta de una interacción negativa entre las variables del desarrollo y la población.

Por último, en un nivel más específico, una tesis como la descrita podría considerar el papel de diversos fenómenos asociados con la dinámica demográfica

y que condicionan la reproducción o transmisión intergeneracional de la pobreza, como lo son por ejemplo, la fecundidad o maternidad temprana y el trabajo infantil. También se haría más comprensible la naturaleza de los problemas de empleo, que están en la base de las situaciones de pobreza, distinguiendo la importancia de las inversiones sociales en un plano no competitivo con las inversiones productivas, implicando con ello que las políticas que persigan la equidad social deben trascender más allá de una asociación empírica entre fenómenos.

La asociación entre crecimiento de la población, y situaciones de pobreza se insinúa, de esta forma, como una interrelación entre ambos fenómenos. De allí que es una tarea irrenunciable para los estudiosos de la población el dar respuesta a estos problemas que no serán resueltos por el lado de las aproximaciones tradicionales a la relación población y desarrollo. Parece ser relevante descubrir las posibles direcciones de causalidad, lo que, desde el punto de vista de la población, hace necesario explorar las razones de la elevada fecundidad -relativa a un contexto- entre los pobres, pero además, exige conocer las causas de su mayor mortalidad, ya que ésta es también un atributo demográfico asociado con la pobreza, más aun si la sobremortalidad de los pobres es la dimensión demográfica más dramática y visible de la pobreza dentro de cualquier sociedad.

El rescate de algunos conceptos

La inclusión de las relaciones antes señaladas sería incompleta si no se alude a aspectos más específicos con relación al comportamiento demográfico en contextos de pobreza. Como no se trata de conceptos incorporados plenamente a la dimensión pobreza dentro de la noción de población y desarrollo, parece necesario rescatar algunas de sus argumentaciones. Estas permitirían, además, situar con propiedad sus nociones en cualquier estrategia de desarrollo. Entre los conceptos importantes, cabe señalar a lo menos tres: los intentos de explicación del comportamiento reproductivo (fecundidad y mortalidad) en grupos en situación de pobreza y las nociones que hace varios años fueron propuestas bajo la denominación de "estrategias de sobrevivencia".

Comportamiento reproductivo: fecundidad

La fecundidad, como componente de la reproducción biológica, expresado en el número de hijos que tienen las mujeres, es el aspecto decisivo en la dinámica demográfica de los sectores pobres. Los mayores niveles de fecundidad de los

estratos pobres, en realidad, son indirectamente conocidos, ya que con frecuencia, los estudios no han comprendido a la población pobre medida por algún criterio de uso habitual (tratándose más bien de una asimilación con estratos pobres). De todos modos, ha habido intentos por explicar este fenómeno desde el punto de vista de la existencia de grupos que registran una mayor fecundidad. Algunas explicaciones han buscado establecer una "racionalidad económica" en las decisiones sobre el número de hijos, a la vez que otras han tratado de mostrar los aspectos negativos de una "cultura de la pobreza" en la que se presentaría una irracionalidad en el comportamiento reproductivo (Argüello, 1983).

Asociadas con una elevada fecundidad relativa, se reconocen como características de los pobres una fecundidad y nupcialidad más temprana con relación a otros grupos, así como el abandono temprano de los estudios de las madres jóvenes y, quizás, de sus hijos. También están aquellos rasgos de orden económico como la baja participación económica formal de la mujer y, en general, el trabajo infantil. El razonamiento de la operación de estos factores sugiere que en la medida que los estratos pobres no logran una calificación adecuada para competir por los escasos empleos productivos adecuadamente remunerados, pueden ver agravada su situación por vía del mayor crecimiento demográfico. La elevada fecundidad genera una mayor presión sobre las imperfecciones del mercado de trabajo, creando una interacción negativa entre población y desarrollo (Argüello, 1980).

A lo anterior hay que agregar que comienza a reconocerse que junto con el descenso de la fecundidad en muchos países, se ha asistido a un fenómeno que mantiene características muy específicas: la maternidad temprana entre los pobres. Existe un relativo consenso de que esta situación puede llegar a ser un problema, en la medida que se asocia con un alto porcentaje de hijos no deseados y nacidos en condiciones llamadas de ilegitimidad desprotegida, afectando el futuro y las expectativas de las propias madres y de sus hijos. Para aquéllas, la situación devendría en un bloqueo de aspiraciones de movilidad social, en carencias económicas y culturales, que probablemente incidirán en los niveles de nutrición y en la socialización de los niños, entre otras facetas, transformando así al fenómeno madre joven en un mecanismo de transferencia intergeneracional de la pobreza (CEPAL, 1988). Por lo demás, el perfil de estas madres suele ser el de una adolescente pobre, soltera, de baja escolaridad, cuya condición y desprotección se asociaría estrechamente con efectos negativos sobre los niveles de nutrición y de rendimiento escolar de sus hijos, lo que podría terminar por reducir las oportunidades de éstos en la opción de un mejor futuro (CEPAL, 1991).

Esta particularidad del círculo vicioso de la pobreza, a menudo relegada por las consideraciones de carácter agregado, tiene la más grande importancia si se piensa que los nacimientos originados en madres adolescentes alcanzan un peso significativo, sino creciente, en muchos países, a pesar del descenso de la fecundidad del conjunto de las mujeres, y es un argumento más para prestar atención a los problemas que están en la base de la pobreza.

De este modo, las condiciones objetivas de existencia indican que el comportamiento reproductivo (fecundidad) se enraiza en las condiciones estructurales del proceso de desarrollo. Entre los comportamientos que conducen a la reproducción de la pobreza, el patrón reproductivo sería uno de ellos, reforzando la situación y la interacción negativa entre población y desarrollo. Esto se puede entender mejor si se tiene presente que en muchos casos, las características educativas de las personas, que condicionan las posibilidades de inserción económica, están dadas ya antes del momento de la reproducción, con la excepción, como se ha señalado, de las mujeres que tempranamente son madres y cuya desprotección plantea un conjunto de mecanismos que favorecen la transmisión intergeneracional de la pobreza.

Por ello, no resulta realmente importante plantearse como meta que los estratos pobres, cualquiera sea su definición, tengan un menor número de hijos para así poder educarlos y asegurarles un mejor futuro. Argüello (1980), por lo demás, señala que un comportamiento así descrito no parece factible mientras no existan ni sean percibidas que existen posibilidades reales de ascenso social en las condiciones de existencia que les asigna el estilo de desarrollo. La realidad latinoamericana se ha encargado de mostrar en los últimos años que bajo el agravamiento de condiciones socialmente adversas, se ha propiciado una aceleración del descenso de la fecundidad, como una especie de "ajuste" para hacer frente a esas circunstancias (como por ejemplo, contracción de los mercados de trabajo, regresividad en la distribución del ingreso, retracción del papel del Estado en materia de políticas sociales). Este "ajuste" pareciera verificarse en casi todos los países y no ha sido mayor debido a las limitadas oportunidades de acceso a métodos modernos de planificación familiar para los grupos más pobres. Las encuestas demográficas y de salud realizadas en la década del ochenta muestran, sistemáticamente, que las mujeres pertenecientes a los estratos sociales más bajos declaran el mayor porcentaje de fecundidad no deseada, llegando a un 40 por ciento en algunos países (CELADE, 1991).

Estas nociones deben asumirse con cautela al analizar las interrelaciones entre pobreza y crecimiento demográfico, en el marco de la aproximación sobre

población y desarrollo. Ellas pueden connotar características específicas no sólo según se trate de la sociedad bajo estudio y las consecuencias de determinados períodos de contracción económica de larga duración. Reiterando, hay que considerar, por ejemplo, la situación de las madres jóvenes que dan a luz a sus hijos en condiciones de desprotección social y ante serias carencias económicas y culturales. Puede pensarse, además, en la situación de los grupos indígenas ("pobres"), entre quienes es posible admitir la persistencia de ciertos factores culturales como generadores de una alta fecundidad y, sobre todo, la presencia de factores institucionales, expresados en la insuficiencia de cobertura o contenido de los sistemas y programas educativos y sanitarios que, sin proponérselo, pueden no permitirles una integración real a los beneficios del desarrollo, transformándolos en grupos altamente vulnerables en la perspectiva del resto de la sociedad.

Comportamiento reproductivo: mortalidad

Los niveles más elevados de mortalidad que exhiben los estratos pobres expresan también la interacción negativa entre población y desarrollo, en especial porque se trata de indicadores que muestran, más que cualquier otro y en forma dramática y visible, cómo se afectan los comportamientos demográficos de una población como consecuencia de la inequidad social.

El nivel de mortalidad, especialmente en los primeros años de vida, ha sido tratado en numerosas instancias como componente de la calidad de vida, a pesar que no necesariamente constituye un indicador de desarrollo por su inconsistencia con la evolución de otros indicadores de bienestar. De todos modos, los diferentes valores que alcancen los niveles de mortalidad infantil al interior de una sociedad son indicios evidentes no sólo de la desigualdad del estado de salud de una población, sino que expresan también el estado del acceso a la educación y la disponibilidad de ingresos, con sus consecuencias en las condiciones materiales de vida. El problema es que la inclusión de la variable mortalidad en los perfiles de pobreza propiamente tales ha sido escasamente tratada; en realidad, estos esfuerzos no han trascendido el carácter agregado con que son abordados los aspectos demográficos de la pobreza.

¿Cómo operan los factores del desarrollo sobre esta variable?. La disminución de la mortalidad infantil y de la niñez se ha debido al control de enfermedades infecto-contagiosas y otras de carácter exógeno, que han tenido que ver con el desarrollo de programas sanitarios y de orden social y económico, traducidos por ejemplo, en el suministro de servicios, en la nutrición y en el

cambio y mejoramiento general de los hábitos y costumbres, como consecuencia de adelantos científicos y tecnológicos en el plano de la salud, la educación y las comunicaciones.

De esta forma, los niveles más elevados de mortalidad que afectan a unos grupos en determinados contextos espaciales dentro de una sociedad, son consecuencia de las características e imperfecciones del proceso de desarrollo, como por ejemplo, en el plano de las estrategias en el campo de la salud y del suministro de servicios. Una consecuencia significativa que se ha descubierto es que la elevada mortalidad infantil sería un factor que contribuiría a mantener una mayor fecundidad, en la medida que las familias pobres buscan hacer frente a la pérdida de hijos para mantener el número deseado, con todos los costos biológicos, económicos y sociales que ello implica, aunque es indudable que esta asociación pierde fuerza en sociedades altamente urbanizadas. En cualquier caso, las evidencias empíricas indican que los mayores niveles de mortalidad infantil de ciertos estratos sociales van casi invariablemente acompañados de los más altos niveles de fecundidad.

Finalmente, no puede dejar de mencionarse la asociación que existiría entre fecundidad temprana (e ilegitimidad), característica de los hogares pobres, y los niveles de mortalidad infantil. Por ejemplo, en Montevideo (1984), la mortalidad infantil de los niños nacidos en condición de ilegitimidad en hospitales públicos, provenientes de madres jóvenes con bajos niveles educativos, resultó diez veces más elevada (100 por mil) que la de las mujeres con educación universitaria cuyos hijos nacieron en establecimientos privados y en condición de legitimidad (CEPAL, 1988). Un estudio realizado en Chile mostró que en 1970 el 31 por ciento de los hijos de madres menores de 20 años eran ilegítimos, mientras que en 1989 tal porcentaje alcanzó a un 60 por ciento. A esta preocupante situación se añade otra más directa, que refleja el conocido factor de riesgo que representa para la salud infantil la condición de ilegitimidad: la mortalidad infantil que afecta a los niños nacidos en ese "status" es un 85 por ciento superior a la de los niños nacidos en situación de legitimidad, diferencia que se acentúa enormemente en el período postneonatal. Las causas de muerte ponen en evidencia el alto grado de no deseados de muchos hijos ilegítimos, ante su mayor mortalidad por traumatismos, desnutrición y otras causas perfectamente evitables, que denotan los deficientes cuidados a que pueden verse expuestos los niños nacidos en contextos de pobreza, en particular si provienen de madres jóvenes solteras (APROFA, 1991).

La estrategias de supervivencia

Aunque sin afán de sustentar directamente argumentaciones en favor de una elucidación de las interrelaciones entre pobreza, población y desarrollo, el estudio de las modalidades de sobrevivencia cotidiana de grupos en situaciones de pobreza, desarrollado especialmente en décadas pasadas, resulta otro de los elementos obligados para el análisis de las especificidades demográficas de los grupos pobres y su inclusión en las estrategias de desarrollo.

El fundamento de estas conceptualizaciones es que las condiciones materiales de existencia hacen que los estratos pobres se vean obligados a desarrollar y ensayar prácticas específicas que los diferencian de otros estratos, dando cuenta de una lógica de conducta. Dichas prácticas económicas, culturales, sociales y, supuestamente, demográficas, se orientan a garantizar la sobrevivencia de las familias y, en general, se conocen bajo el nombre de "estrategias".

Asumiendo como concepto general al de "estrategias de supervivencia familiar", éstas aluden a una serie de arreglos o prácticas específicas que desarrollan los pobres, dentro de un comportamiento demográfico de elevada fecundidad y mortalidad, destinadas a lograr su reproducción y mantención material. El conjunto de arreglos aludidos estaría relacionado con los arreglos domésticos y de organización familiar, por un lado, y con los arreglos económicos y laborales, por el otro (De los Ríos, 1988).

Por arreglos domésticos se entiende al conjunto de decisiones al interior de un hogar, que inciden en la organización de las familias, sus redes de reciprocidad y solidaridad, las decisiones sobre el papel y el quehacer de los hijos, entre otros aspectos. Se trata de mecanismos que se encaminan a optimizar los recursos disponibles (De los Ríos, 1988). Bajo esta dimensión se incluyen aspectos de mucho interés, tales como los procesos de formación de las familias y hogares; y el allegamiento de parientes y no parientes, según las distintas etapas del ciclo de vida familiar.

Los arreglos económicos y laborales se refieren a las decisiones al interior de los hogares expuestos a la situación de pobreza, las cuales inciden en la participación económica de los miembros y en el rol de cada uno para la obtención de los ingresos. En esta dimensión se incluye obviamente la participación de los miembros secundarios (no jefes) en la actividad económica, así como el trabajo infantil y el femenino, la inserción ocupacional y la migración -temporal o permanente- de personas en edades activas (De los Ríos, 1988).

Bajo la fundamentación empírica de que en los hogares pobres existe un alto número de hijos y de acuerdo a numerosas evidencias que demuestran que el trabajo infantil es un rasgo claramente identificable en muchos de dichos hogares, las ideas contenidas en estos conceptos dejan abierta la pregunta de si acaso los hijos (niños) contribuyen económicamente, aceptando que el trabajo infantil puede ser parte de la estrategia de supervivencia. En realidad son escasos los trabajos en que se ha dado respuesta a esta inquietud.

En los hogares pobres los hijos (niños) tendrían una significación económica en la medida que en ellos se percibiría una contribución de acuerdo con las funciones y el sistema de roles de la unidad familiar. Como éstos están condicionados por el contexto social y espacial, la forma en que se insertan las familias en la estructura productiva determinaría la significación económica de los hijos (Guadalupe, 1988).

La contribución estaría dada por el aporte a la mantención del hogar en labores de aseo, adquisición y preparación de alimentos, así como en el desarrollo de actividades productivas, tales como labores de pastoreo o comercialización, situaciones todas en las que se supone que el aporte económico de los hijos -por pequeño que sea- sobrepasa los costos de su mantenimiento y calificación. El aporte económico estará en función de la edad en que comienza la contribución, en que se independizan económicamente y según la productividad de su trabajo. En la medida que las condiciones motiven una más temprana iniciación en la contribución económica de los hijos, como por ejemplo, la tenencia de propiedad familiar o medios de producción, la demanda de trabajo y la legislación, los niños se verán enfrentados a la mayor o menor incompatibilidad entre trabajar y estudiar, mediatizada según la disponibilidad y accesibilidad a los servicios educacionales en un contexto determinado (Guadalupe, 1988).

Las condiciones objetivas de pobreza, unido al hecho de los bajos costos relativos de mantención y calificación, explicarían la presencia del trabajo infantil como práctica dentro de la estrategia de supervivencia, dependiendo de las características de la estructura productiva de un contexto específico. La significación económica de los hijos vendría dada, además, por la contribución futura que en ellos se percibe, a través del soporte económico que pueden brindar a sus padres en la vejez, ante la ausencia de seguridad social para éstos, constituyendo una especie de inversión material.

Las características del contexto con relación a las posibilidades de

trabajo intra y extra familiar para la mujer y los niños, entre otros, es un factor clave en la diferenciación que se observaría en los comportamientos descritos al interior de un país. Entre tales características están la estructura productiva y la disponibilidad y accesibilidad a servicios sociales tales como la salud y la educación. Ello es especialmente válido para las áreas rurales retrasadas en contraste con las zonas urbanas más industrializadas.

Los argumentos esgrimidos apuntan a demostrar que, en cualquier caso, el trabajo infantil es una realidad entre los pobres y en ese sentido, por extensión, el hecho de tener un número elevado de hijos ayudaría exitosamente a la supervivencia familiar. Esto significa que existiría una racionalidad económica en cuanto al comportamiento reproductivo expresado en la alta fecundidad. De ser así, las familias más numerosas serían las menos pobres, ya que sobrevivirían en mejores condiciones y, con ello, hasta podrían estar en situación de superar sus carencias. Sin embargo, se conocen evidencias que apuntan hacia el cuestionamiento del supuesto de la existencia de racionalidad económica. Se sabe, por ejemplo, que los hogares pobres de mayor tamaño suelen ser los más pobres, debido a que la contribución en ingresos de un número elevado de hijos puede no ser positiva si se consideran los egresos que demanda el mayor número de miembros familiares, esto es, si se incluye el ingreso per cápita de los hogares, como ha señalado y mostrado con algunos ejemplos Argüello (1983).

Cuando se consideran otras formas de contribución económica, como el trabajo no remunerado o la significación misma que podrían tener los hijos como soporte para la vejez de los padres, es posible admitir cierta racionalidad, aunque no necesariamente "económica". Paralelamente, en algunas sociedades indígenas los hijos representan una fuente de "prestigio social", en la medida que la alta fecundidad es valorada por un conjunto de normas socialmente aceptadas y transmitidas entre distintas generaciones, aun a pesar de los fenómenos de aculturación que parecen presentarse, de una u otra forma.

De este modo, el trabajo infantil remunerado, como componente de la estrategia de supervivencia en los hogares pobres, se puede presentar como una respuesta típica en contextos de pobreza, pero ello no necesariamente establece una función positiva de la fecundidad. Más bien, la pobreza es la que parece obligar a los niños a abandonar los estudios y desarrollar a cambio actividades económicas que generen ingresos ante la insuficiencia de éstos en el hogar. Mas si el trabajo infantil no se traduce en una elevación del ingreso per cápita del hogar es difícil admitir que un elevado número de hijos sea parte también de una estrategia exitosa de supervivencia.

La racionalidad, como una lógica del comportamiento que desde luego existe en todo grupo humano, podría presentarse en aspectos no únicamente vinculados con aportes directos al presupuesto familiar, sino también por medio del trabajo no remunerado y a través de motivaciones culturales, como es el caso de la significación económica de apoyo para la vejez de los padres y, especialmente, por el significado social ("prestigio") que alcanzan los hijos en algunas sociedades tradicionales. En todo caso, es probable que existan distintos campos de racionalidad, como por ejemplo, en el trabajo, en la reproducción, en la socialización, y según el contexto socio-espacial. Estas racionalidades pueden contradecirse entre sí teniendo efectos perversos en unos campos y quizás hasta pueden resolverse en forma muy compleja y difícil de captar: tales contradicciones permanentes no son sinónimo de irracionalidad. Si las estrategias reproductivas son de largo plazo y obedecen a complejas normas sobre la valoración social de los hijos, el problema metodológico que asoma es el de la escala de tiempo, al tratar de relacionar dichas estrategias con las condiciones de vida en un momento presente.

En tanto el trabajo de los niños refleje una contradicción al no contribuir positivamente a la supervivencia familiar, es posible pensar en un mecanismo de reproducción circular de la pobreza: el razonamiento simple sugiere que en la medida que los hijos se vean obligados a trabajar, ello significará sacrificar su educación. Sin un nivel adecuado de instrucción, llegarán a la edad reproductiva, revivirán los patrones de nupcialidad y, probablemente, de fecundidad. Así, la interrogante central es ¿bajo qué condiciones podrían los pobres tener menos hijos, admitiendo la imposibilidad de ascenso social producto de las condiciones de existencia que les asignan los estilos de desarrollo y conociendo los elevados porcentajes de fecundidad no deseada que sistemáticamente declaran las mujeres de los estratos sociales más desfavorecidos?. Paradojalmente, los últimos años han mostrado que uno de los factores insospechadamente decisivos para la aceleración del descenso de la fecundidad, incluso para las capas medias empobrecidas, en particular quizás, en sociedades altamente urbanizadas, pueden llegar a ser las agudas crisis económicas, sociales y políticas, por vía de la difusión de la necesidad de lograr a cualquier costo un tamaño de familia cada vez menor en conjunto, a veces, con la disponibilidad efectiva de métodos eficaces de regulación.

* * *

Sintetizando los alcances expuestos, la noción de "población y desarrollo", habida cuenta de la superación de su anacrónico afán de describir situaciones en

niveles de alta agregación, sitúa el marco en que se inserta la comprensión del fenómeno de la pobreza y sus aspectos demográficos. Puede decirse que por su mayor base científica, en cuanto permite establecer direcciones de causalidad y generar preguntas, la visión de que las situaciones de pobreza interactúan dinámicamente con los comportamientos demográficos parece ser adecuada para abordar estudios de esta naturaleza.

Uno de los puntos relevantes es que la discusión presentada sugiere cómo y porqué las características de una elevada fecundidad contribuyen a definir y reproducir la pobreza, dejando eso sí de manifiesto, que ésta no desaparece -si es que no crece- ante un descenso de la fecundidad. Aun cuando el trabajo infantil puede ser visto como un arreglo dentro de la estrategia de supervivencia, al menos por algún grado de contribución económica de los hijos, puede constituir un mecanismo que agrava las situaciones de pobreza, al reproducir una parte de las condiciones que llevaron a los padres a esa misma situación. De esta manera, un arreglo obligado para ayudar a la sobrevivencia puede tener efectos sólo parciales y, en el largo plazo, contribuye a reproducir o, al menos, no alterar, las causas inmediatas de la pobreza: la imposibilidad de ciertos sectores de acceder al mercado laboral en condiciones que permitan una adecuada remuneración.

En América Latina el conocimiento de las dimensiones demográficas de la pobreza cobra relevancia por una razón fundamental, que es el consenso existente hoy en día sobre la necesidad de propender a un desarrollo con equidad social, como se verá luego.

Finalmente, casi todos los aspectos que aquí se han tratado tienen relación con los componentes naturales del cambio demográfico, puesto que los patrones de la reproducción biológica guardan una relación más inteligible con las condiciones de pobreza. El componente migratorio, que afecta también la dinámica demográfica parece tener, en cambio, una relación no unívoca y fluctuante con las situaciones de pobreza. En general, se conoce que la migración en un país en desarrollo posee características de selectividad en los migrantes, no sólo en el sexo (mujeres) y la edad (adultos jóvenes), sino también en cuanto a los atributos personales (fecundidad, educación, estado civil) y en el tipo de percepción y motivaciones de los individuos que hacen las decisiones de migrar. Por otra parte, es sabido que algunos estratos pobres rurales, por ejemplo, presentan patrones migratorios vinculados con expulsión recurrente desde sus zonas de origen, instalándose en nuevas localizaciones de frontera agrícola, donde con frecuencia vuelven a ser expulsados. En otros casos se advierte una

movilidad estacional como fruto de la oferta de trabajo en áreas especializadas orientadas al mercado externo, movilidad que puede o no afectar a los grupos pobres de una sociedad.

Todo esto quiere decir que cuando se introduce esta variable del cambio demográfico (y de movilidad social y espacial) habría que considerar los rasgos estructurales de una realidad específica, que condicionan el funcionamiento de los mercados de trabajo, fenómeno que es uno de los determinantes principales de la migración. De este modo, las características de la pobreza no aparecen necesariamente asociadas con procesos migratorios, sean éstos de carácter temporal o permanente, internos o internacionales.

Bibliografía

Argüello, Omar (1980), Pobreza y desarrollo. Características socio-demográficas de las familias pobres en Venezuela. CELADE, Santiago, Serie A, N° 167, junio.

Argüello, Omar (1983), "Pobreza y fecundidad en Costa Rica". En Notas de Población, Año XI N° 32, agosto, pp: 9-54.

Asociación Chilena de Protección de la Familia (APROFA) (1991), Boletín. Santiago, AÑO XXVII, N° 1-12, enero-diciembre.

Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE) (1991), Población y transformación productiva con equidad. CELADE, (inédito), septiembre.

Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) (1988), La reproducción biológica y social de los hogares de Montevideo. CEPAL, Montevideo, LC/G.1526, junio.

Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) (1990), Magñitud de la pobreza en América Latina en los años ochenta. CEPAL, LC/L.533, mayo.

Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) (1991), La suerte de las madres adolescentes y sus hijos: un estudio de casos sobre la transmisión de pobreza en Santiago de Chile. LC/R.1038, agosto.

De los Ríos C., Rebecca (1988), Pobreza, necesidades básicas y estrategias de sobrevivencia familiar. El caso de la Región Central de Planificación, Costa Rica, 1984. CEPAL-CELADE, San José, Programa de Maestría en Población y Desarrollo, (mimeo), agosto.

Fondo de Población de las Naciones Unidas (FNUAP) (1991), Estado de la población mundial 1991. Nueva York.

Guadalupe, Segundo E. (1988), Desarrollo económico social y comportamiento reproductivo en el Perú. CONCYTEC, Lima, octubre.

Naciones Unidas (1978), Factores determinantes y consecuencias de las tendencias demográficas. Depto. Asuntos Económicos y Sociales, Nueva York, Estudios sobre Población, N° 50, Volumen I.